

Nasürülia wayuu nakua'ipalu'u jee jütapülia wopo'u jüpüleerua wanülüü

*El encierro wayuu desde sus prácticas de vida cotidiana y, el confinamiento
que cierra caminos, a causa de los espíritus malignos*

Gabriel Segundo Iguarán Montiel

Emilce Beatriz Sánchez Castellón

Docentes Universidad de La Guajira

El presente análisis contrastivo y reflexivo surge de la dinámica *wayuu*, unido a los criterios de los gobernantes (locales, centrales e internacionales), para dar paso al auge epidémico sin fronteras *Covid 19*, que se traduce en *wayuunaiki* como *mama'awaa* la que hace durar poco a las personas contagiadas.

Desde el cierre de las fronteras y el aislamiento forzoso, son múltiples las dificultades y necesidades que el pueblo indígena *wayuu* ha padecido, por la carencia de directrices más pedagógicas y humanitarias desde el pensamiento propio, asociado a esto, la mísera vida monótona de ir a la ciudad a vender sus productos mal pagados.

Es por esto que contrastar las prácticas de vida en perspectiva del encierro de esta sociedad, con las iniciadas estratégicamente por los dirigentes de turno, es otra manera más de profundizar nuestras miserias en un territorio carente de agua, servicios de salud, seguridad, oportunidades de trabajo, de estudio, entre otras.

El *nasürülia wayuu nakua'ipalu'u* “el encierro *wayuu* desde sus prácticas de vida cotidiana”, prolongación de la vida dentro de sí misma, no es una cárcel para los desadaptados sociales, es una escuela para instituir valores, normas y demás conocimientos y saberes sociales como espirituales; de ella se gradúa la niña que sale libre para la continuidad en sociedad después de varios años, como otras que se enamoran del claustro para toda su vida, son las llamadas *paüse* “las que nunca salen del encierro, salvo cuando ella lo decida”, otras son las *kulamia* de similar naturaleza; éstas figuras se quedan de por vida enclaustradas hasta la hora de su muerte, son mujeres encapsuladas en el silencio y la soledad; recreadas en el arte de tejer como *walekerü* “la araña”, que teje su red para atrapar su alimento, es distinto de lo que se pregona en los medios “quédate en casa y lávate las manos”; es como

un acertijo para encontrar el agua en la casa que no tiene acueducto y, a la que no le llega el carro-tanque que la distribuye en otras épocas y territorios.

El encierro *wayuu*, es aplicado a las personas víctimas de abuso sexual, atracos, ofensas y engaños, son encerrados por cortos días, mientras se les aplican los respectivos baños de depuración y el ‘*unto*’ con la ‘*contra*’ que inmuniza el cuerpo para no repetir el *malaa* “el irrespeto” producido por una persona *malasü* “idiota y/o degenerado”, y para no amilanarse ante nadie según sea el mandato de los *outshii* médico espiritual que los asiste.

Durante este proceso de encierro, las puertas de las casas se abren, las enramadas acogen a las personas que llegan a la ceremonia, el *pioi* “pista de baile”, es el epicentro de concentración y de relajó, el lugar donde la persona que sale libre del encierro purga sus penas, como un repartir de sus energías débiles para asumir otras de mayor poder.

En estos procesos de encierro, los caminos del fogón, del agua, el tizón del *yüi* ‘tabaco’ y las plantas medicinales están abiertos para conducir y erguir el cuerpo de las personas tratadas y superar las penas sufridas. Razón suficiente para realizar encierros y más encierros, para desarraigar las malas prácticas que hacen algunos mandatarios de turno en aprovechar aumentando los costos de las ayudas humanitarias que salen del presupuesto del Estado para los más necesitados que son mayoría, afros, campesinos, mujeres cabeza de hogar, migrantes y adultos mayores que son nuestras bibliotecas vivientes, necesarios para nuestro “*Buen Vivir*”, distinto a la práctica de los países superpoblados y llamados ‘desarrollados’ que los ven como estorbo.

En consideración a esto, cada camino en la perspectiva *wayuu*, conduce a un bien, traducido en el sentido de *akua’ipaa*, “la costumbre regida en principios y valores” expresión que surge de nuestros *a’laülaa* “tíos maternos” de un *e’irukuu*⁹⁶ territorial para equiparar nuestros pensamientos desde el ayer hasta el presente, con relación a la vida y la muerte que es principio y fin de nuestra existencia.

Wopo’u no solo se refiere a los caminos para transitar, es además los ojos que se abren para realizar otras formas de vida, que son las rutas para hacer el *ounuawaa* “la recolecta entre personas”, el *maünaa* “el cobro de una ofensa”, *a’yalajiraa* “hacer el velorio”, el *ayaataa* “ir de compras” y el más usual el *alapalaa* “visitar a los enfermos y a los familiares desamparados” Entonces, *jütapülia wapo’u* es diezmar también los caminos de las aguas, las lágrimas y los sueños; esta expresión, al igual que la situación actual en nuestros territorios, es el verdadero *wanüliü*, el que impone su poder y hegemonía, bajo la imaginación ostentosa del otro poder que avanza como espíritu maligno que viene a todo ritmo a visitar a los oprimidos de siempre, el pueblo que no tiene la menor idea de los grandes inventos de medición de poder.

96 E’irukuu es la esencia que representa la carne animal y humana desde un consecutivo de la vida vegetal

El encierro *wayuu* es una forma de fortalecer el cuerpo y el espíritu de la persona encerrada. Haciendo la analogía con el aislamiento físico o preventivo por el *covid 19* en el que estamos por recomendaciones científicas y medidas estatales, este 'encierro' preventivo se hace con los más lejanos sentimientos de gusto, solidaridad y defensa por la propia salud. Mucha gente se siente atrapada en un mundo sin salida, porque no le encuentra sentido ni significado a este 'ritual' por la vida; estamos acostumbrados a vivir lo externo, lo puramente estereotipado, para lucir las mejores modas, los mejores vehículos, ir a los mejores almacenes, etc. Si asumimos el confinamiento, no como un impedimento de la libertad (para hacer lo que cada uno quiere en el tiempo, lugar y con quienes juntarse), sino como una forma de protegernos y proteger a los demás, entonces estamos haciendo "*pedagogía de vida*" en la que enseñamos desde la praxis.

Estar confinados implica 'reflexión' y 'silencio', también autorregulación y la disciplina. En nuestras familias se requieren momentos y espacios de "altos y pares", que inviten a no eludir responsabilidades, a sentirnos más genuinos y a compartir en esos pocos metros de los que disponemos.

Estas culturas ancestrales nos enseñan lo simple de la vida y también su complejidad. Encerrarnos para fortalecernos y salir para emprender el mundo-de-la-vida desde otras perspectivas, asumiéndonos como seres frágiles y finitos que partimos para otro mundo, donde también nos desarrollaremos (*jepira* -wayuu -o el cielo, la eternidad -católicos y formas de espiritualidad-).

En los *wayuu* el encierro involucra a las mujeres mayores (tías, abuelas), en ellas recae la responsabilidad de enseñar las labores de la casa; el *wayuu* aprende en la vida –"aprender haciendo"–; en los *aljunas*, el "encierro o confinamiento" es considerado una 'medida', surgida desde afuera porque hubo algo que indujo a ello; no se podía hacer otra cosa "nos encerramos o nos morimos". Ahí radica la diferencia; lo que se impone causa malestar, rechazo y más en estas sociedades capitalistas en las que el más fuerte tiene 'poder'. Se manipula a los débiles y vulnerables porque están al servicio de quienes 'tienen'. En este encerramiento el papel de las mujeres sigue siendo el de "ama de casa", en ella recaen los quehaceres, la crianza y organización de la familia. Los hombres, ejercen su función 'pasiva' de 'acompañantes', 'observadores', en muchos casos de 'lectores', en otros de 'proveedores'. *Trabajo y estudio desde casa*, es la premisa del confinamiento, esto nos lleva a preguntarnos; ¿tenemos todo para subsistir en este encierro, estamos preparados?, ¿quién nos provee?, porque la vida es una cadena, en la cual cada eslabón tiene un rol; necesitamos de la gregaridad; sentirnos útiles, solidarios, cooperantes.

En el encierro *wayuu* no todos lo hacen al mismo tiempo; mientras una persona está encerrada, las otras cuidan de ella, la protegen; los mayores ejercen un rol preponderante. En cambio, en esta medida de confinamiento, todos, al mismo tiempo debemos hacerlo, entonces también surgen interrogantes ¿quién asume la manutención de los 'encerrados'?,

la mayoría no son empleados y deben salir a buscar el sustento diario para subsistir y los no pobres se quedan en casa para que les lleven sus provisiones, para prolongarse. El pobre va por la calle vendiendo el plátano, la yuca, la papa (quizás sin los mayores cuidados), el no pobre desde su casa con todas las precauciones compra lo que ese parroquiano de buena fe le vende. Es una ley de supervivencia y/o sobrevivencia; de conservación de la vida. Es la ley de las contradicciones. Todos queremos vivir o todos queremos existir, ¿bajo qué condiciones?

En el encierro *wayuu* y en el encierro por el *covid 19*, la vida sigue, en aquel hay un acervo cultural, una riqueza de valores que se ponen en una escena de reciprocidad, enseñar y aprender y en éste hay una condición *sine qua non*, un control en el que la obediencia y el respeto por la vida deben primar para que cuando salgamos podamos disfrutarlos porque aprendimos otros valores, otras formas de co-existir e hicimos más conciencia de nuestras racionalidades.

En consideración a lo expresado en esta Pincelada, los sueños también hacen presencia con sus mandatos de tocar la *kaasha* “el tambor” en las casas, las rancherías, junto con la quema de *maluwa* ‘bija’ el sahumerio para prevenir la pandemia, razón por la cual, en *wüinpümüin* “la Alta Guajira” se está haciendo este mandato en las noches.

De igual forma, *jupunula Makuira* “Ecos de la *Makuira*”, emisora de carácter social y, de interés público en Nazareth –corregimiento de Uribia–, hace el papel del mayor sabedor, que sentado cuenta historia y canta *jayeichi* “canto *wayuu*” a su generación, en este caso sus hijos y nietos, desde sus hogares, el fogón y rancherías, escuchan el sonido del tambor que llega a todos los sectores distantes por la frecuencia radial (90.3 FM Estéreo), que reemplaza en esta oportunidad los cantos vallenatos, baladas y rancheras, como una manera de recibir una clase virtual desde lo propio, con más pedagogía y reflexión para el cumplimiento del “encierro forzoso”, el acatamiento de los sueños y el confinamiento necesario para la vida humana y el planeta tierra que descansa momentáneamente de la contaminación ambiental que producen los vehículos, la explotación del carbón, la tala y quemas de los árboles, el bullicio de las fiestas, etc.

Esas reflexiones que nos hacen sentir y penar en “*El Sur*”, que a la manera de Boaventura de Sousa Santos es una nueva vivencia de mundo que por ahora impide la posibilidad de la autonomía que está en línea con su *Pensamiento Abismal* porque hay una gran fisura entre el norte y el sur, entendido no solo desde la geografía física, sino desde lo humano, nos permite establecer analogías pedagógicas para pensar que los “encierros-confinamientos” nos pueden llevar a asumarnos como seres en continuas reflexiones y meditaciones y convertir el sur en lugar armonioso de los saberes situados y ancestrales, hoy escenario de grandes pensadores que hacen desde el *karaloutta* “erguir el ojo”; el arte de escribir en el papel que cumple la función de piel o envoltura del conocimiento oral.

Estas contradicciones cotidianas son la clave para mirarnos en los espejos sin aumento y para que la imagen que veamos sea la real.